

## VII

### EL INTERIOR DE LA DESESPERACION

Probemos á decirlo :

Preciso es que estas cosas interesen á la sociedad, puesto que ella es quien las hace.

Era, como hemos dicho, un ignorante; pero no un tonto. La luz natural iluminaba su espíritu. La desgracia, que tambien tiene su claridad, vino á aumentar la vislumbre de aquel entendimiento. Bajo el palo, bajo la cadena, en el calabozo, en la fatiga, bajo el ardiente sol de las faenas del presidiario, sobre el entarimado que sirve de cama al galeote, recógióse en su conciencia, y reflexionó.

Erigióse él en tribunal.

Y empezó por juzgarse á sí mismo.

Reconoció que, en efecto, él no era un inocente injustamente castigado. Confesó para sí que habia cometido una accion extrema y vituperable; que tal vez no le habrian re-

husado aquel pan, si él le hubiera pedido; que, en todo caso, habria valido más esperar á recibirle, bien sea de la caridad, ó bien del trabajo; que no es enteramente una razon sin réplica el decir: ¿ puede uno esperar cuando tiene hambre? Que, en primer lugar, es harto raro el morir literalmente de hambre; y despues, que por fortuna, ó por desgracia, el hombre está constituido de tal manera que puede sufrir largo tiempo, y áun mucho, física y moralmente, sin morir; que por consiguiente, era menester haber tenido paciencia; que esto habria sido mucho más conveniente, áun para aquellos pobres niños; que era en verdad un acto de locura en él, hombre desgraciado y débil, el coger por el cuello violentamente á la sociedad entera, y figurarse que por el robo se puede salir de la miseria; que al fin y al cabo, siempre era una mala puerta para salir de la miseria aquella por donde se entra en la infamia; y por último, que habia obrado mal.

En seguida se preguntó :

Si era él solo quien habia obrado mal en su fatal historia. Si, en primer lugar, no era ya una cosa grave que un trabajador como él, tan laborioso, careciese de trabajo y de pan. Si, ademas, una vez cometida, y confesada la falta, no habia sido el castigo excesivo y feroz. Si por ventura no habia mayor abuso por parte de la ley en la aplicacion de la pena, que por parte del culpable en la perpetracion del delito. Si no habia excedente de peso en uno de los dos platillos de la balanza, en aquel donde figura la expiacion. Si la sobrecarga del castigo no era la purificacion del delito, llegando á este resultado : de invertir el órden de las cosas y de las personas en la situacion, reemplazando la falta del delincuente por la falta de la represion; haciendo del culpable la víctima y del deudor el acreedor; poniendo en fin el derecho de parte del mismo que le habia violado. Si esta pena, complicada con agravaciones sucesivas por las tenta-

livas de evasión, no acababa por ser ella misma una especie de atentado del más fuerte sobre el más débil, un crimen de la sociedad sobre el individuo, un crimen que comenzaba todos los días, un crimen que duraba diez y nueve años.

Preguntóse si la sociedad humana podía tener derecho de hacer sufrir igualmente á sus miembros, en un caso su imprevision irrazonable, en otro su prevision implacable; y de perder para siempre á un pobre hombre entre una falta y un exceso, falta de trabajo, exceso de castigo.

Si no era exorbitante que la sociedad tratara así precisamente á aquellos de sus miembros que están peor dotados en la repartición de bienes que hace el destino ó el acaso, y que por consiguiente debieran ser los más dignos de consideración.

Planteadas y resueltas por él estas cuestiones, juzgó á la sociedad y la condenó:

La condenó á su odio.

Hízola responsable de la suerte que sufría, y se dijo que no vacilaría tal vez algun día en pedirle cuenta de su conducta para con él. Declaróse á sí mismo que no había término de comparación ni de equilibrio entre el mal que él había causado y el que le causaban á él; concluyendo en fin con que su castigo no era, en realidad, una injusticia, pero que de seguro era una iniquidad.

La ira puede ser loca y absurda; puede uno estar irritado sin motivo; pero no está indignado sino cuando, en el fondo, tiene razon bajo algun concepto. Juan Valjean se sintió indignado.

Y ademas, la sociedad humana no le había hecho sino mal; jamás había visto de ella sino ese rostro iracundo que ella apellidaba Justicia y que muestra á aquellos á quienes hiere. Los hombres no le habían tocado sino para maltratarle. Todo contacto con ellos había sido un golpe rudo para

él. Jamás, desde su infancia, desde su madre, desde su hermana, nunca había encontrado una palabra amiga ni una mirada benévola. De sufrimiento en sufrimiento, fué llegando poco á poco á formarse esta convicción: que la vida es una guerra; y que en esta guerra, era él el vencido. No tenía otra arma que su odio. Resolvió pues afilarla bien en el presidio, y llevársela consigo al marchar.

Había en Tolon una escuela para la chusma, regentada por los hermanos escolapios, donde enseñaban lo más necesario á aquellos de entre los desgraciados galeotes que tenían buena voluntad. Él fué del número de estos alumnos. Á la edad de cuarenta años fué á la escuela, y aprendió á leer, escribir y contar. Conoció que fortalecer su inteligencia era fortalecer su odio. En ciertos casos, la instrucción y las luces pueden servir de instrumento y de complemento al mal.

Triste es decirlo: despues de haber juzgado á la sociedad, que había causado su desgracia, juzgó á la Providencia que había hecho á la sociedad, y también la condenó.

Así, durante aquellos diez y nueve años de tormentos y de esclavitud, aquella alma ascendió y descendió al mismo tiempo. Por un lado penetró en ella la luz, y por otro penetraron las tinieblas.

Como habrá podido notarse, Juan Valjean no tenía, en el fondo, una mala naturaleza. Cuando llegó al presidio, aún era bueno. Allí condenó á la sociedad, y se apercibió de que se iba haciendo malo; condenó á la Providencia, y conoció que se había hecho impío.

Difícil es dejar de entregarse aquí á un instante de meditación.

¿Se transforma así la naturaleza humana de la base á la cima y completamente? ¿Creado bueno por Dios, puede ser el hombre hecho malo por el hombre? ¿Puede el alma rehacerse completamente por el destino, y si el destino:

malo, hacerse ella mala tambien? ¿Puede el corazon adquirir deformidades y contraer vicios y enfermedades incurables bajo la presion de un infortunio desproporcionado, como la columna vertebral bajo una bóveda demasiado baja? ¿No existe en toda alma numana, no existia en el alma de Juan Valjean particularmente, un primer destello, un elemento divino, incorruptible en este mundo, inmortal en el otro, que el bien puede desarrollar, encender, atizar, y hacer que irradie con un esplendor tal que nunca podrá el mal extinguirle enteramente?

Graves y oscuras cuestiones, á la última de las cuales sobre todo un fisiólogo habria respondido probablemente, y sin vacilar, *no*, si hubiera él visto en Tolon, en las horas de descanso, que eran para Juan Valjean horas de ensueño y de delirio, cruzados los brazos, sentado sobre la barra de algun cabrestante, con la punta de la cadena metida en su bolsillo, para evitar que arrastrara, á aquel galeote triste, silencioso y pensativo, pária de las leyes que miraba al hombre con odio, proscripto de la civilizacion que miraba al cielo con severidad.

Ciertamente, — y nosotros no queremos disimularlo — el fisiólogo observador habria visto allí una miseria irremediable; habria compadecido tal vez á aquel enfermo por obra de la ley; pero no habria ensayado siquiera tratamiento alguno; habria apartado la vista de las lóbregas cavernas que hubiera entrevisto en aquella alma; y como Dante en la puerta del infierno, habria él borrado en aquella existencia la palabra que el dedo de Dios ha escrito sin embargo sobre la frente de todo hombre: *¡Esperanza!*

Este estado de su alma que hemos probado á analizar aquí, era él tan perfectamente claro para Juan Valjean como hemos procurado hacerle para los que nos leyeren? ¿Veía distintamente Juan Valjean, despues de su formacion, y habia visto distintamente á medida que se forma-

ban, todos los elementos de que se componia su miseria moral? ¿Habíase dado cuenta bien claramente aquel hombre rudo é ignorante de la sucesion de ideas por la cual habia, paso á paso, ascendido y descendido por gradados hasta los lúgubres aspectos que despues de tantos años ya formaban el horizonte interior de su espíritu? ¿Tenía él en realidad conciencia de todo cuanto por él habia pasado, y de todo lo que estaba pasando? Esto es lo que nosotros no nos atreveríamos á decir, y aún añadiremos que distamos mucho de creerlo. Habia en Juan Valjean demasiada ignorancia para que, aún despues de tantas desgracias, no quedase mucha vaguedad en aquella mente. En ciertos momentos, no sabia siquiera bien á lo justo lo que experimentaba. Juan Valjean se hallaba en las tinieblas; sufría en las tinieblas; odiaba en las tinieblas; habria podido decirse que odiaba en presencia de sí mismo. Vivía habitualmente en aquella sombra siniestra, á tientas como el ciego ó como el que sueña. Sólo que, por intervalos, le acometía súbitamente, de sí mismo ó del exterior, un acceso de iracundia, un exceso de sufrimiento, como un relámpago pálido y rápido que iluminaba toda su alma, haciendo aparecer por todas partes bruscamente, en derredor suyo, atras y delante como á los costados, al débil fulgor de una luz horrenda, los espantosos precipicios y las sombrías perspectivas de su destino.

Pasado el relámpago, la noche volvía á extender sobre él el oscuro manto de sus sombras; ¿y dónde estaba entonces? Él mismo lo ignoraba ya.

Es propio de las penas de esta naturaleza, en las cuales domina lo que es inclemente é implacable, es decir, lo que embrutece, el transformar poco á poco, por una especie de transfiguracion estúpida, á un hombre en una bestia, á veces en una fiera. Las reiteradas y obstinadas cuanto infructuosas tentativas de evasion de Juan Valjean bastarian á probar esta extraña elaboracion hecha por la ley sobre el

alma humana. Juan Valjean habria renovado aquellas tentativas, tan completamente inútiles y temerarias, todas cuantas veces se le hubiera presentado ocasion de hacerlo, sin pensar un instante siquiera en el resultado, ni en las experiencias tan vanamente ensayadas ántes. Se escapaba impetuosamente, como se escapa el lobo que encuentra la jaula abierta. El instinto le decia: ¡Escápate! El raciocinio le hubiera dicho: ¡Quédate! Pero en presencia de una tentacion tan violenta, el raciocinio habia desaparecido; ya no le quedaba sino el instinto. Sólo la bestia obraba. Cuando volvian á encerrarle, las nuevas severidades que le infligian sólo servian para azorarlo y embrutecerle más y más.

Un detalle que no debemos omitir aquí es que era de una fuerza fisica hercúlea, que ninguno de los habitantes del presidio igualaba. En los lances de gran fatiga, para torcer un cable, para tirar de un cabrestante, Juan Valjean valia por cuatro hombres. Levantaba y sostenia á veces un peso enorme sobre sus espaldas, reemplazando en ocasiones ese instrumento al cual dan el nombre de *gato*, llamado ántes en frances *orgueil* (de donde, digámoslo de paso, tomó su nombre la calle de Montorgueil, cerca de los mercados centrales de Paris). Sus camaradas le llamaban por eso Juan el Gato (Jean le Cric). En cierta ocasion, haciéndose unas reparaciones en las casas consistoriales de Tolon, una de las admirables cariátides de Puget que sostienen el grán balcon se desprendió, faltando poco para que cayera. Juan Valjean, que se hallaba presente, sostuvo la espalda de la cariátide dando así tiempo para que llegaran los operarios.

Mayor que su vigor era aún su agilidad. Ciertos presidarios, que siempre sueñan con perpétuas evasiones, acaban por hacer, de la fuerza y de la destreza combinadas, una verdadera ciencia: la ciencia de los músculos. Toda una estática misteriosa es practicada cuotidianamente por los

prisioneros, ávidos siempre y aficionados á la caza de moscas y de pájaros. Trepar por una vertical, y hallar puntos de apoyo en donde apénas se divisa un relieve, era cosa de juego para Juan Valjean. Dado un ángulo de pared, con la tension de su espalda y de sus corvas, con sus codos y sus talones adheridos á las asperidades de la piedra, se empinaba como mágicamente á un tercer piso. Á veces se encaramaba así hasta los tejados del presidio.

Solia hablar poco, y nunca reia. Era menester algun suceso extraordinario y raro, una emocion extrema, para arrancarle, una ó dos veces por año, esa lúgubre risa del galeote que es como un eco de la risa del demonio. Al verle, parecia ocupado en mirar continuamente algo terrible.

En efecto, estaba absorbido siempre.

Al traves de las percepciones enfermizas de una naturaleza incompleta y de una inteligencia abrumada, notaba él confusamente que algo monstruoso pesaba sobre si. En aquella oscura y siniestra penumbra en que se arrastraba, cada vez que volvia el cuello y trataba de levantar su mirada, veia, con un terror mezclado de rabia, construirse, disponerse y erigirse sobre él, á pérdida de vista y con horribles escarpes, una especie de amontonamiento ó aglomeracion de cosas, de leyes, de preocupaciones, de hombres y de hechos, cuyos contornos se le escapaban, cuya mole le asustaba, y que no era otra cosa que esa prodigiosa pirámide que nosotros apellidamos la civilizacion. Y distinguia, acá y acullá, en ese conjunto bullicioso y deforme, ora junto á él, ora léjos y en estancias inaccesibles, algun grupo, algun detalle vivamente iluminado, aquí el cómitre y su palo, allí el gendarme y su sable, allá el arzobispo mitrado, y en lo más elevado, en una especie de sol, el emperador coronado y deslumbrando. Pareciale que todos estos esplendores lejanos, en vez de disipar su noche, la hacian más fúnebre y más negra. Todo esto, leyes, preocu-

paciones, hechos, hombres, cosas, iba y venía por encima de él, según el movimiento complicado y misterioso que Dios imprime á la civilización, marchando sobre él y anonadándole con un no sé qué de tranquilo y sereno en la crueldad y de inexorable en la indiferencia. Almas precipitadas en el fondo del infortunio posible; hombres desgraciados, perdidos en las profundidades de esos limbos donde ya no se mira; los réprobos de la ley sienten gravitar sobre sus cabezas, con todo su peso enorme, esta sociedad humana tan formidable para el que se halla fuera, tan aterradora para el que está debajo.

En tal situación, Juan Valjean soñaba: y ¿cuál podía ser la naturaleza de sus delirios?

Si el grano de mijo que está bajo la piedra de molino tuviera pensamientos, pensaría sin duda lo mismo que pensaba Juan Valjean.

Todas estas cosas, realidades llenas de espectros, fantasmagorías llenas de realidades, habían concluido por crearle una especie de situación interior casi inexplicable.

En medio de las rudas faenas del presidio, deteníase algunos momentos y se ponía á pensar. Su razón, más madura y más turbada á la vez que en otro tiempo, se sublevaba á veces. Todo cuanto le había sucedido le parecía absurdo; todo cuanto le rodeaba le parecía imposible; y concluía por decirse: esto es un sueño. Miraba al comitre de pié, á poca distancia de él, y el comitre le parecía un fantasma; pero de repente, aquel fantasma le sacudía un zurriagazo.

Apénas existía para él la naturaleza visible. Casi sería exacto decir que para Juan Valjean no había sol, ni hermosos días de primavera, ni cielo radiante, ni frescas auroras de Abril. No sé qué especie de débil luz refleja, como de lejana lumbrera ó claraboya, iluminaba habitualmente su alma.

En resumen, y para terminar reuniendo y traduciendo en resultados positivos todo cuanto puede concretarse de lo que acabamos de indicar, nos limitaremos á consignar aquí que, en ese espacio de diez y nueve años, Juan Valjean, el inofensivo podador de Faverolles, el formidable galeote de Tolon, se había hecho capaz, gracias á la manera cómo le había transformado el presidio, de cometer dos géneros de malas acciones: primero, una mala acción rápida, irreflexiva, llena de aturdimiento, enteramente instintiva, especie de represalias por el mal sufrido; segundo, una mala acción grave, seria, con conciencia deliberada, y meditada con las falsas ideas que puede inspirar semejante infortunio. Sus premeditaciones pasaban gradualmente por las tres fases sucesivas que sólo es dado recorrer á las naturalezas de cierto temple: razonamiento, voluntad y obstinación. Eran móviles de sus actos: la indignación habitual, la amargura del alma, el profundo sentimiento de las iniquidades sufridas, la reacción, aún contra los buenos, los inocentes y los justos, si los hay. El punto de partida como el objetivo de todos sus pensamientos era el aborrecimiento de la ley humana; ese odio que, si no se contiene en su desarrollo por algun incidente providencial, se convierte, al cabo de cierto tiempo, en odio á la sociedad, después en odio al género humano, y por último en odio á la creación; traduciéndose por un vago, incesante y fatal deseo de dañar, sin reparar á quién, á un ser viviente cualquiera. — Según se ve, no sin razón calificaba á Juan Valjean su pasaporte de *hombre muy peligroso*.

De año en año, aquella alma se había ido desecando, cada vez más, lentamente, pero de una manera fatal. Á carámen seco, ojos secos. Al salir del presidio, hacía diez y nueve años que no había derramado ni una sola lágrima.

## VIII

## LA ONDA Y LA SOMBRA

¡Un hombre al mar!

¡Qué importa! el buque no detiene su marcha. El viento sopla, y aquella nave sombría tiene trazado un derrotero que forzosamente ha de continuar; y pasa adelante.

El hombre desaparece, vuelve á aparecer al cabo de algunos instantes, se sumerge de nuevo, sube otra vez á la superficie de las aguas, llama, grita, extiende los brazos, nadie le ve ya, nadie le oye. El buque, luchando contra el huracan, está todo él absorbido en sus maniobras; ni marineros ni pasajeros se preocupan ya del hombre que acaba de desaparecer bajo la onda: hace algunos instantes solamente; la triste cabeza de aquel sér humano no es ya otra cosa que un punto imperceptible en la enormidad de las olas.

Lanza todavía gritos desesperados desde aquel abismo. ¡Qué espectro es para él aquella vela que le abandona! La mira, la mira con frenesí. Ella boga sin cesar, se aleja, se decolora y decrece. Y él se hallaba en la nave hace poco, era uno del equipaje, iba y venía sobre cubierta con todos los demas, tenía su parte de sol y de respiración, era en fin un sér viviente. ¿Qué es, pues, lo que ha pasado ahora? Que ha resbalado, que ha caído, y es asunto terminado para él.

Está en el agua monstruosa. Ya no tiene bajo sus piés sino el precipicio, y el postrer hundimiento. Las olas cortadas y desgarradas por el viento le rodean de un modo horroroso; el vaiven del abismo le sacude fuertemente; todos los andrajos del agua se agiten en derredor de su cabeza; un populacho de olas le escupe en el rostro; confusas hendiduras le devoran á medias; cada vez que se sumerge, entreve precipicios llenos de oscuridad; horrendas y desconocidas vegetaciones le cogen entre sus ramos resbaladizos, le enredan los piés, y le atraen hácia ellas; él percibe que se convierte en abismo, que forma parte de la escoria, de la espuma; las olas se le arrojan unas á otras; bebe de la onda amarga; el piélago cobarde se encarniza en él ahogándole; la enormidad juega con la agonía. Parece que toda aquella agua es odio.

Él lucha sin embargo.

Trata de defenderse, prueba á sostenerse, hace esfuerzos, y logra nadar. Él, aquella pobre fuerza bien pronto agotada, combate contra lo inagotable.

¿Pero dónde está el buque? Allá lejos. Apénas visible en las pálidas tinieblas del horizonte.

Las ráfagas de viento braman; todas las espumas parece que vienen á confundirle. Alza los ojos, y sólo ve la lividez de las nubes. Asiste, agonizando, á la inmensa demencia del mar. Esta locura le ha erigido allí un suplicio. Oye

cierto ruido extraño al hombre, que parece venir de más allá de la tierra, no se sabe de qué exterior espantoso.

Hay aves en las nubes, á la manera que hay ángeles sobre las desdichas humanas; pero ¿qué pueden hacer por él? Vuelan, cantan, se ciernen, mientras que él apenas respira, apenas resuella con el lúgubre estertor del moribundo.

Siéntese á la vez sepultado por esos dos infinitos, el océano y el cielo; el uno es un sudario, el otro una tumba.

La noche avanza, ya hace algunas horas que está nadando, y sus fuerzas se hallan desfallecidas; aquel buque, aquella cosa lejana donde habia hombres, se ha borrado, ha desaparecido; y él se encuentra ya solo en el formidable abismo crepuscular; se sumerge, se eleva de nuevo, se endereza, avanza, se tuerce, siempre siente debajo de sí las olas monstruos del invisible; y llama.

¿Ya no hay hombres? ¿Dónde está Dios?

Llama. ¡No hay álguien! ¡No hay álguien que me favorezca! y llama sin cesar.

Nada ve en el horizonte: nada en el cielo.

Implora á la extension, á la onda, al alga, al escollo: todo esto es sordo. Suplica á la tempestad; la tempestad imperturbable no obedece sino al infinito.

En derredor suyo, la oscuridad, la bruma, la soledad, el tumulto borrascoso y sin conciencia, los pliegues indefinidos de las enfurecidas aguas. En él, el horror y la fatiga. Debajo de él, el abismo. Ningun punto de apoyo. Sueña con las aventuras tenebrosas del cadáver en la sombra ilimitada. El frio sin fondo le paraliza. Sus manos se encogen y se cierran, como asiéndose á la nada. Vientos, nubes, torbellinos, cielo, estrellas, ¡todo le es inútil! ¿Qué hacer? El desesperado sucumbe; una vez rendido de cansancio, preciso es que tome el partido de morir; se deja mover, se deja llevar, se abandona enteramente, y vedle

ya rodar y precipitarse para siempre en las lugubres profundidades del insondable abismo.

¡Oh marcha implacable de las sociedades humanas! ¡Pérdidas de hombres y de almas en el camino de la vida! ¡Océano donde se sumerge todo cuanto en él deja caer la ley! ¡siniestra desaparicion de todo auxilio! ¡Oh muerte moral!

El mar, es la inexorable noche social en donde la penalidad arroja á sus condenados. El mar, es la inmensa miseria.

El alma, lanzada en la corriente de ese abismo, puede convertirse en un cadáver. ¿Quién la resucitará?...

## IX

## NUEVOS AGRAVIOS

¡Cuando llegó la hora de salir del presidio; cuando Juan Valjean oyó que le decían la extraña palabra: *Ya estás libre!* fué para él un momento indescriptible é inimaginable; un rayo de viva luz, un rayo de la verdadera luz de los séres vivientes penetró súbitamente en su espíritu. Pero aquel rayo no tardó en palidecer. Juan Valjean habia sido deslumbrado por la idea de libertad. Habia creído en una nueva vida. Muy pronto vió sin embargo lo que significa una libertad acompañada de un pasaporte amarillo.

Y fuera de esto, tambien le quedaban que sufrir otras muchas amarguras. Habia él calculado que su masita, durante su residencia en presidio, debería ascender á la suma de ciento setenta y un francos. Es justo añadir que él se habia olvidado de introducir en sus cálculos el reposo forzado de los domingos y fiestas que, en diez y nueve años, producía una disminucion de veinte y cuatro francos, poco más

ó ménos. Como quiera, lo cierto es que la masita del presidiario cumplido habia sido reducida, por diferentes descuentos locales, á la cantidad de ciento nueve francos y quince sueldos, que le entregaron al despedirle.

Nada habia él podido comprender de esto, creyéndose perjudicado, ó por mejor decir, creyéndose robado.

Al dia siguiente de recibir su licencia, llegando á Grasse, vió ante la puerta de una fábrica de destilacion de azahar á varios hombres que estaban descargando bultos. Ofreció sus servicios, que le fueron aceptados, porque la tarea era urgente; y se puso á ayudar. Como era inteligente, robusto y diestro, trabajaba muy bien, lo cual agradó mucho al amo. Miéntras que estaba trabajando, pasó por allí un gendarme, le notó, y le pidió sus documentos. Preciso le fué enseñar su pasaporte amarillo; despues de lo cual Juan Valjean continuó su trabajo. Poco ántes que esto sucediera, habia él preguntado á uno de los obreros cuánto solian ganar por dia en aquel ejercicio; y le respondió que *treinta sueldos*. Llegada la noche, como le era forzoso salir del pueblo á la mañana siguiente, se presentó al dueño de la fábrica á quien rogó que le pagase. El amo no profirió ni una sola palabra, y le entregó quince sueldos. Reclamó y le respondió: *Eso basta y sobra para ti*. Insistió, y el amo entónces, mirándole como de reojo, le dijo airado: *¡Mira no te vuelvan á la sombra!*<sup>1</sup>

Tambien allí se consideró robado.

La sociedad, el Estado, disminuyéndole su masita, le habia robado por mayor. Ahora tocaba el turno á aquel individuo que le robaba por menor.

Libertado no es lo mismo que libre. Se sale del presidio, pero no de la condena.

Hé ahí lo que le habia sucedido en Grasse. Ya se ha visto de qué manera fué acogido en D.

<sup>1</sup> Á la sombra, por: á la prision.



## X

## EL HOMBRE DESPIERTO

El reloj de la catedral daba las dos de la mañana cuando despertó Juan Valjean.

Pero no fué la campana del reloj lo que á él le quitó el sueño; despertó porque su cuerpo halló aquella cama de masiado buena. Veinte años iba ya á hacer muy pronto que no se habia acostado en una cama; y aunque no se desnudó, era la sensacion demasiado nueva para que dejara ella de turbar su sueño.

Habia dormido más de cuatro horas, lo que le bastaba para su descanso. Estaba él acostumbrado á no consagrarle muchas horas.

Abrió los ojos y miró un momento en la oscuridad en derredor suyo; en seguida volvió á cerrarlos para volverse á dormir.

Cuando se ha pasado un dia agitado por muchas y diver

sas sensaciones; cuando el espíritu se halla fuertemente preocupado por alguna cosa, se duerme uno, pero tard poco tiempo en despertar, para no volver á dormir ya en toda la noche. Es más fácil que venga el sueño que no que vuelva, una vez ahuyentado en estas ocasiones. Tal sucedió precisamente á Juan Valjean. No pudo volverse á dormir y empezó á cavilar.

Hallábase en uno de esos momentos de grande perturbacion en las ideas que ocupan al espíritu. Una especie de vaiven oscuro existia entónces en su cerebro, en el cual flotaban, bullian y rebullian confusamente sus antiguos y sus recientes é inmediatos recuerdos, cruzándose en el mayor desórden; perdiendo sus formas, aumentándose desmesuradamente, y despues desapareciendo de repente como en un agua fangosa y revuelta. Muchos eran los pensamientos que le preocupaban, pero habia uno sobre todo que se le representaba al ánimo continuamente y ahuyentaba á todos los otros. Vamos á decir en seguida cuál era este pensamiento: — Habia él notado bien los seis cubiertos y el gran cucharon de plata que madama Magloire puso sobre la mesa.

Aquellos seis cubiertos de plata le mortificaban, eran para él una verdadera obsesion. — Se hallaban allí, — á algunos pasos. En el instante mismo en que él habia atravesado la pieza de al lado para venir á aquella donde se encontraba, la vieja sirvienta los estaba colocando en una alacena que está á la cabecera de la cama grande. — No dejó él de reparar bien en aquella alacena. — Á la derecha, entrando por el comedor. — Eran macizos, — y de plata antigua. — Sólo del cucharon, podrian bien sacarse, á lo ménos, doscientos francos. — El doble de lo que él habia ganado en diez y nueve años. — Verdad es que habria ganado más « si la *administracion* » no le hubiera « robado ».

Durante una hora larga estuvo oscilando su espíritu en

ciertas fluctuaciones, no sin que en ello interviniera alguna lucha interior. El reloj dió las tres de la mañana. Volvió á abrir los ojos, incorporóse bruscamente sobre la cama, extendió el brazo y dió á tientas con su mochila, que él habia tirado en un rincon de la alcoba; en seguida dejó colgar las piernas, y apoyando los piés en el suelo, se halló, casi sin saber cómo, sentado en su cama.

Permaneció algun tiempo cavilando y como soñando en aquella actitud que habria tenido algo de siniestro para cualquiera que le hubiese visto así, en aquella oscuridad, despierto él sólo en la casa donde todo el mundo se hallaba entregado al dulce reposo de un sueño tranquilo. De repente dejó el lecho, se quitó los zapatos y los colocó sin hacer ruido sobre la estera que estaba junto á la cama. Hecho lo cual, recobró la postura de cavilacion, volviendo á quedar inmóvil.

En medio de esta horrible meditacion, las ideas que acabamos de indicar se removian y cruzaban sin cesar en su cerebro, entraban, salian, y volvian á entrar, haciendo en él el efecto de una balanza; y despues, tambien pensaba él entónces, sin saber por qué, y con esa obstinacion maquina de la cavilacion, en un galeote llamado Brevet á quien conoció en el presidio, y cuyo pantalon sólo estaba sujeto por un tirante de algodón hecho á punto de média. El dibujo á cuadros alternados, como en el tablero de damas, que tenia aquel tirante, se representaba á su imaginacion sin cesar.

Continuaba en esta actitud indecisa, y tal vez habria continuado indefinidamente, hasta el amanecer, si el reloj no hubiera hecho oír una campanada, — el cuarto ó la média. Pareció como si aquella campanada le dijera: ¡Vamos!

Púsose de pié, y todavia vaciló unos instantes; aplicó el oído en ademán de escuchar; silencio absoluto en toda la casa; entónces se encaminó derechamente y á paso lento, hácia la ventana que desde allí divisaba. La noche no era

del todo oscura; un plenilunio sobre el cual vagaban grandes nubes lanzadas por el viento; produciendo esto en el exterior ciertas alternativas de sombra y de luz, como eclipses, y despues claridades á intervalos, y dentro una especie de crepúsculo. Este crepúsculo, suficiente para poder guiarse, intermitente á causa de las nubes, se asemejaba á la especie de lividez que cae del respiradero de un sótano ante el cual van pasando, yendo y viniendo, diferentes personas. Al llegar á la ventana, Juan Valjean se puso á examinarla. Vió que no tenia barra ni tranca, no estando cerrada sino con una simple clavija, segun costumbre del país, y que daba al jardin. La abrió en seguida, pero viendo que penetró bruscamente en la habitacion un aire frio y fuerte, la volvió á cerrar inmediatamente. Miró al jardin con esa mirada atenta que estudia y examina más bien que mira. El jardin estaba cercado de una pared blanca bastante baja y fácil de escalar. Más allá, en el fondo, distinguió várias crestas de árboles igualmente espaciadas, de lo cual dedujo que la pared separaba al jardin de alguna avenida, ó de una callejuela con plantíos.

Despues de lanzar esta ojeada, hizo un movimiento de hombre determinado, dirigióse á su alcoba, tomó su maleta, la abrió, la registró y sacó de ella una cosa que colocó sobre la cama; se metió los zapatos en un bolsillo, volvió á cerrar la mochila, se la acomodó á la espalda, cubrióse con su gorra bajando bien la visera sobre los ojos, buscó á tientas su palo, fué á colocarle en el rincon de la ventana; despues volvió á dirigirse á su cama y cogió resueltamente el objeto que sobre ella habia dejado, el cual se asemejaba á una barra de hierro corta, aguzada como un chuzo en una de sus extremidades.

Difícil habria sido distinguir en las tinieblas para qué uso fué labrado aquel pedazo de hierro. ¿Era tal vez una palanca? ¿Era más bien una maza?

De día habría podido reconocerse que aquello no era otra cosa que un candelero de minas. Á veces solían emplear en aquella época á los presidiarios en extraer roca de las altas colinas que rodean á Tolon, y no era raro que tuvieran consigo algunos útiles de minero. Los candeleros de este son de hierro macizo, terminados por su extremidad inferior en una punta por medio de la cual se los fija en la roca.

Tomó el candelero en la mano derecha, conteniendo el aliento, dirigióse á paso de lobo hácia la puerta de la pieza inmediata, que, como es sabido, era la del obispo. Al llegar á esta puerta la halló entreabierta. El obispo no la había cerrado.

## XI

## LO QUE HACE

Juan Valjean se puso á escuchar. Ni el menor ruido. Empujó la puerta.

La empujó con las yemas de los dedos, muy ligeramente, con esa suavidad furtiva é inquieta del gato que quiere entrar.

Cedió la puerta á la presión, hizo un movimiento imperceptible y silencioso y ensanchó un poco la abertura.

Esperó un momento, y después volvió á empujar segunda vez la puerta, más resueltamente.

Ella continuó cediendo en silencio. Ya era la abertura bastante grande para que pudiera él pasar. Pero junto la puerta se hallaba una mesita formando con ella un ángulo que incomodaba, porque impedía la entrada.

Juan Valjean reconoció la dificultad. Preciso era ensanchar aún más el espacio á todo trance.